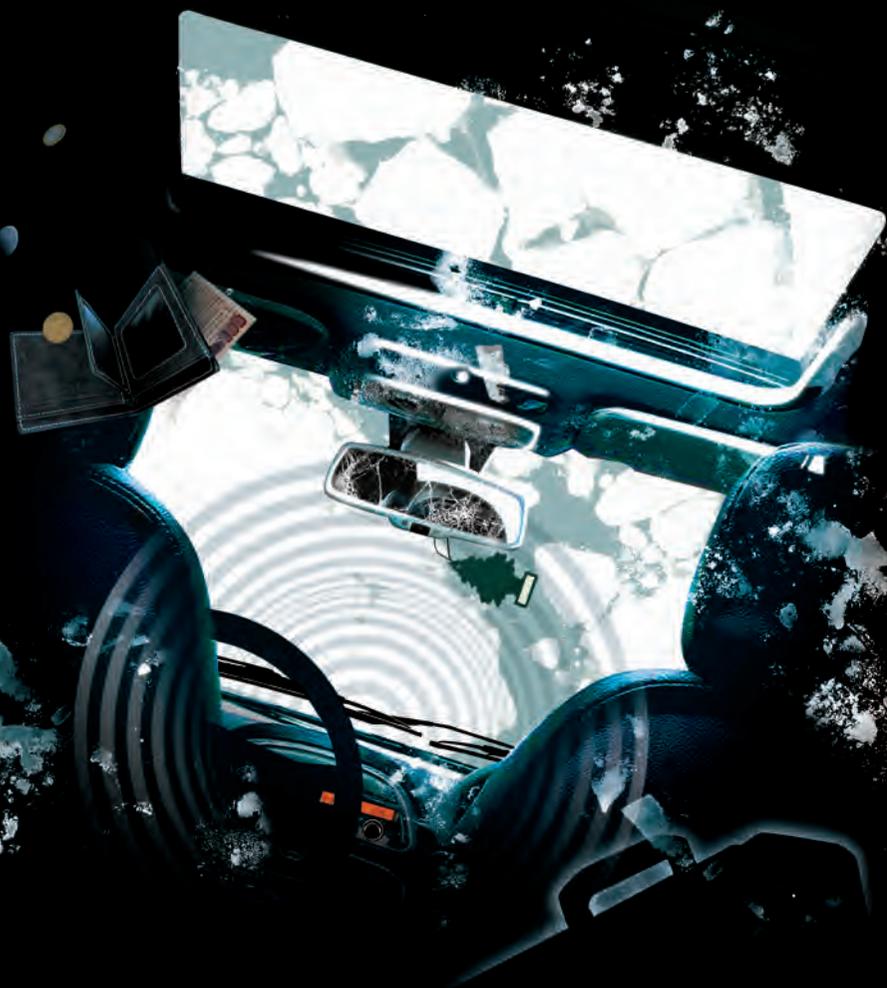


# LAS MARCAS DE LA MENTIRA

SOLdeNOCHE  2



ANDREA FERRARI









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2015, ANDREA FERRARI  
© De esta edición:  
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4483-5  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: noviembre de 2015

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Edición: LUCÍA AGUIRRE - VERÓNICA CARRERA  
Ilustración de cubierta: CARLUS RODRÍGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Ferrari, Andrea

Las marcas de la mentira / Andrea Ferrari ; ilustrado por Carlus Rodríguez. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

224 p. : il. ; 22 x 14 cm. - (Roja)

ISBN 978-950-46-4483-5

1. Literatura Juvenil. I. Rodríguez, Carlus, ilus. II. Título.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 6.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 2015, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

LAS **M**ARCAS DE  
LA **M**ENTIRA

SOLdeNOCHE 

ANDREA FERRARI

loqueleg 



El auto de Fermín Brusco cayó al vacío poco antes del amanecer. Llevaba varias horas sumergido en las heladas aguas del lago Lácar, cuando unos turistas dieron la voz de alarma tras ver las defensas rotas y las marcas de neumáticos que señalaban el camino a una muerte segura. Pero fueron necesarias todavía varias horas más hasta que la policía logró sacar el auto del lago y el cadáver de su interior. Al darlo vuelta, ya sin ropa, descubrieron el enorme tatuaje en su espalda. Un águila.

Pese a su espectacularidad, la muerte de Brusco no fue una gran noticia en la prensa nacional. En aquellos días los medios estaban demasiado concentrados en la ola de calor que batía récords y en los reiterados cortes de luz que encendían la furia popular como para dedicar más que unas pocas menciones al caso de ese hombre que había desaparecido en Buenos Aires y reaparecido muerto a más de mil kilómetros de su casa. A fin de cuentas, se trataba del dueño de una pequeña inmobiliaria, un tipo sin fama ni otros atractivos que pudieran distraer a la gente de las apabullantes temperaturas que

llevaban catorce días ininterrumpidos haciendo hervir los ánimos.

Sol estaba por entonces tan lejos física y emocionalmente de lo que sucedía en Buenos Aires que la noticia apenas la rozó. El viaje a Londres había resultado una experiencia feliz pero agotadora y al final de cada día solo lograba echar una rápida mirada a su computadora y responder algún mensaje de su padre antes de derrumbarse en la cama.

8 Esa noche, sin embargo, un remitente captó su atención: A.L. Timón. Llevaba casi dos meses sin saber nada de él. Dos meses intensos en los que prácticamente lo había olvidado. Le parecía extraño pensar ahora que había estado obsesionada por conocer la identidad real de ese tipo enigmático que aportaba información para su blog.

El asunto decía: “Una noticia interesante”. Lo abrió.

“Hola, Julián. Vi que llevás un tiempo sin actualizar el blog, espero que no lo hayas abandonado precisamente ahora, cuando creo haber encontrado una historia en la que podríamos trabajar juntos. Me llamó la atención el nombre del protagonista, que coincide con el de alguien que conocí hace mucho tiempo. Si estás interesado, luego te cuento los detalles. Mientras tanto, copio aquí el enlace de la noticia por si no la viste. Un saludo, Al”.

Por algún motivo, el mensaje la fastidió. De pronto todo le resultaba un poco infantil: ese tipo que se escondía tras el nombre A.L. Timón –o Al, como ella lo había bautizado– y parecía saber tantas cosas. Y ella misma, que había adoptado el seudónimo de Julián Monterreyes

para firmar en su blog. Tantas mentiras. Con desgano cliqueó en el enlace y leyó por encima el breve artículo publicado por un diario de Neuquén. Hablaba de un tal Fermín Brusco, cuyo auto se había desbarrancado una noche en la ruta 234, a pocos kilómetros de San Martín de los Andes, y había caído al lago Lácar desde una altura de cincuenta metros. Lo más llamativo era que su mujer había denunciado dos días antes que Brusco había salido de su casa porteña en la mañana, camino a la inmobiliaria que tenía en el barrio de Almagro, y nunca había llegado. En teoría, no tenía ningún motivo para estar en la provincia de Neuquén. Una fuente policial citada por el diario sostenía que el caso estaba siendo investigado, pero al mismo tiempo sugería que el hombre se había ido por un asunto personal, probablemente otra mujer.

Eso era todo. A Sol no le pareció demasiado interesante y estuvo a punto de dejar el mail sin respuesta. Incluso consideró la posibilidad de abandonar el blog: a la distancia había empezado a pensar que quizás ese proyecto era un derroche de tiempo. Pero mientras se lavaba los dientes concluyó que en medio del terremoto emocional en el que estaba sumida desde su llegada a Londres era preferible evitar decisiones abruptas. Ya en la cama, tecleó una rápida respuesta, donde le explicaba a Al que estaba en el exterior y que apenas volviera a Buenos Aires estudiaría ese asunto. Cerró la tapa de la computadora y los ojos casi al mismo tiempo.

La familia la había esperado con los brazos abiertos. Muy abiertos: eran cinco los que estaban en el aeropuerto de Heathrow el día en que bajó del avión, preparados para abrazarla, quitarle la valija, volver a abrazarla, contarle lo contentos que estaban de verla, abrazarla una vez más.

10 A la única que reconoció de entrada fue a su abuela. Granny: así tenía que decirle. Era como en las fotos y al mismo tiempo no lo era. El pelo canoso corto y ondulado era igual, y también el cuerpo delgado y la sonrisa amplia. Pero había en su cara una ansiedad, una agitación que no se esperaba.

En esos primeros momentos, Sol pensó que todo había sido un gran error. Aceptar la invitación al casamiento de su prima Beth, hacer que su padre comprara el pasaje y viajar hasta Londres a pasar un mes con esa familia casi desconocida que hablaba en forma incontrolable y por momentos incomprensible. Quizá fue la reticencia de su sonrisa lo que empezó a acallarlos en el camino a la casa, mientras de un lado al otro del auto se cruzaban algunas miradas preocupadas. Al fin su abuela le apretó una mano y preguntó:

—¿Algo no está bien?

—Estoy bien, sí —dijo en su inglés dubitativo—, pero no entiendo muchas de las cosas que dicen.

—¡Les dije! —gritó acusadora su prima Carol—. ¡Hablan demasiado rápido!

Y luego, volviéndose hacia ella con una sonrisa encantadora, anunció:

—Yo hablé un poco español de escuela y explicar tú todo.

En la casa de su abuela también estaban los que no habían podido ir al aeropuerto. Eran caras vagamente conocidas por foto que solo lograría unir a los respectivos nombres tras los primeros días, en los que vivió en un permanente estado de confusión y somnolencia. Había dos tías, Rachel y Maggie. Mark, el marido de Rachel. John, vecino y amigo de Granny que solo había ido por curiosidad, pero que ella confundió con el marido de Maggie, que en realidad estaba separada. Las primas Rose, Carol y Beth. Jonathan, el novio con el que Beth se casaría en pocos días. Y Daniel, el único primo varón, que le pareció distante y quizá ligeramente hostil.

11

Granny había bajado del altillo una enorme cantidad de álbumes y cajas de recuerdos pertenecientes a su madre. Se los señaló a poco de llegar: un rincón completo de la sala donde ella podría bucear entre los rastros de la infancia y adolescencia de Anne. Fotos, cuadernos, dibujos, pulseras trenzadas, una cadena con un corazón plateado, el trofeo de un torneo de natación, algunas cartas enviadas poco antes de su muerte. Carol estaba a su lado y frunció el ceño.

—Es un poco abrumador —dijo.

Sol asintió. Esa sería la marca del viaje. Conocer a su familia inglesa iba a resultar divertido, conmovedor, excitante. Y, al mismo tiempo, un poco abrumador.

Era lógico entonces que en Londres no le prestara mayor atención al caso de Fermín Brusco. No podía imaginar

que en poco tiempo más ese nombre iba a taladrar día y noche sus pensamientos. Que iba a obsesionarse por saber todo sobre el hombre extraño al que ya había conocido muerto.

En esos días sintió que empezaba a descubrir a su madre. Recién entonces tomaba conciencia de que lo que su padre le había contado a lo largo de los años no eran más que pinceladas, un toque aquí y otro allá, unas pocas anécdotas ilustradas con unas cuantas fotos. La extrema sensibilidad que él mostraba con todo lo que tenía que ver con Anne siempre había frenado las preguntas de Sol. Era como si el recuerdo de su madre fuese un jarrón de porcelana antiguo ubicado en el medio de la casa: cerca de él había que andar en puntas de pie.

En Londres, en cambio, las cosas eran distintas. Hablaban de Anne todo el tiempo, sin ninguna solemnidad. El asunto de la gata, por ejemplo.

—Blackie, se llamaba. Anne la encontró por la calle —dijo Maggie—. Tenía una debilidad por los animales abandonados.

—A mamá casi le da un ataque —siguió Rachel sonriendo—, porque apenas la vio se dio cuenta de que esa gata estaba preñada. Trató de que Annie la llevara a donde la había encontrado, pero ahí vino el drama: ella decía

que estaba lastimada y hambrienta y que no podían dejar a una futura madre abandonada.

Granny asintió mientras tragaba un bocado. Estaban sentadas a la mesa, terminando el almuerzo del domingo. Su abuela, sus dos tías y las tres primas. Daniel y Mark se habían ido temprano para ver un partido de fútbol. A esa altura, la comunicación se había vuelto más fluida: no era solo que Sol entendía mejor, sino que toda la familia se había acostumbrado a bajar el ritmo y abrir más la boca, según las precisas instrucciones de Carol.

14

—Tu madre era una experta en chantaje emocional —dijo Granny—. Me preguntó llorando si yo me haría responsable de la muerte segura de todas las crías.

—Obviamente la gata se quedó —remató Maggie.

—Sí, pero le hice prometer que cuando nacieran ella se encargaría de encontrar una casa para cada uno.

—¿Y cuántos tuvo?

—¡Seis!

—¿Consiguió casa para todos?

—Todos menos uno —siguió Rachel—. Los llevó al parque en una caja y rápidamente ubicó a cinco. Pero con el sexto no hubo caso. Entonces lo trajo de vuelta y lo metió en un armario. Le llevaba leche a escondidas.

—Por supuesto, a las dos horas todos nos habíamos enterado del secreto, el gato no hacía más que chillar —sonrió Granny—. Y se quedó. Ese era Tom. Seguro viste una foto que le sacó Annie, está colgada en el pasillo de arriba.

Sí, había visto la foto: el momento exacto en que el gato saltaba para cazar una mosca. Varias de las fotos

tomadas por su madre estaban enmarcadas y colgadas en la casa. La pasión por la fotografía, le contaron, había empezado en la adolescencia. Pero ese fue el tema de otra conversación, días más tarde, cuando caminaba con Granny por el puente del Milenio.

—Empezó con una camarita automática, a los quince o dieciséis años. Era antes de la era digital y se gastaba todos sus ahorros en rollos y revelado. Después se inscribió en un curso, y para el cumpleaños le regalamos una cámara profesional. Desde entonces no paró. A veces nos volvía locos, te sacaba un primer plano de la oreja o el dedo del pie.

—¿Siempre supo que iba a dedicarse a la fotografía?

—Creo que sí, era lo suyo. Cuando tenía unos veinticuatro años y ya trabajaba en una revista, conoció a la gente de Médicos sin Fronteras y se fue con ellos al África, a fotografiar su trabajo. Volvió feliz. A partir de entonces empezó a decir que quería ser corresponsal de guerra, estar en las zonas de conflicto. Imaginate, nos queríamos morir. Tu abuelo, Harry, se puso tan loco y le gritó tanto que durante diez días no se hablaron.

—¿Y después?

—Después lo conoció a tu papá y abandonó la idea.

Estaban paradas en medio del puente mirando el Támesis y, más allá, la escenográfica Londres. Tras cuatro días grises y helados, esa mañana las había sorprendido un cielo límpido y un aire tibio que les permitió desembarazarse por un rato de guantes y bufandas.

—¿Lo odiaste a papá por llevársela a la Argentina?

Granny sonrió.

—No, cómo iba a odiarlo... si tu mamá lo quería tanto. Se la veía feliz. Además, eso hizo que se olvidara de ir a cubrir guerras, que era lo que nos aterraba. Que le dieran un balazo...

Se detuvo, súbitamente consciente de lo que estaba diciendo.

—Y se lo dieron en Argentina —terminó Sol.

El brazo de Granny rodeó sus hombros.

16 —Sí, fue tan triste... Pero podría haber pasado en cualquier lado. Una bala perdida...

—Sé bastante poco, a papá no le gusta mucho hablar de lo que pasó.

—Yo tampoco supe mucho más de lo que dijeron los medios en esos días. Ni quise saber. Fue un shock tan grande... Viajamos con Harry al día siguiente, todavía sin poder creerlo. Lo único bueno de ese viaje fue estar con vos, disfrutarte un poco. Hasta te quedaste a dormir una noche con nosotros en el hotel. Pero no te acordarás de nada.

—No, era muy chica.

—Siempre me dio un poco de culpa no volver a Buenos Aires a verte, Sol. Pero un tiempo después murió Harry y se me hizo todo muy difícil.

—Sí, ya sé. Igual nunca dejaste de escribirme.

—Y me hace tan feliz que estés acá. Me gustaría que vengas seguido. Unos días cada año, ¿qué te parece? Puedo destinar parte de mis ahorros a ese pasaje.

Sol sonrió.